

Discurso del
General de División



*Bernardo
Reyes* 

SECRETARIO DE GUERRA Y MARINA



LEIDO POR SU AUTOR EN LA CLAUSURA DE LAS * * *

Primeras Conferencias Cientificas
de la Asociación del Colegio Militar



MEXICO

EDITOR, JOSE R. O'FARRILL
CALLE DE CHIQUIS, NUM. 8
1902



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS



SEÑOR PRESIDENTE,

SEÑORAS y SEÑORES:

Considerar que me dirijo á lo selecto de una sociedad en que preside la más alta representación de la República; concurso que la mujer ornamenta con su gracia y su belleza, y en que figura y brilla el elemento militar que amo; y considerar que tengo que discurrir, sobre uno de los puntos más elevados del destino de la Nación, es sentir que se precipitan las pulsaciones de mi sangre, ansiosa de vitalidad sublime; es sentir ascender por mi sistema nervioso, el fluido magnético, que con vibrantes ondas sacude el cerebro, para que grite al pensamiento: *¡vuela!*

Efectivamente, tengo el honor de dirigiros la palabra, con motivo de la clausura de las primeras conferencias científicas de la antigua Asociación del Colegio Militar, que ha llegado con esfuerzos meritísi-

mos á la etapa anhelada, en que al crecer se transforma y magnifica; y como su ascensión y sus florecimientos, se traducirán en viriles *sports* para aguerrir campeones, y se han derramado ya en estas conferencias, en fulgores múltiples de la ciencia y del arte militar en sus discursos; y como esto se enlaza gloriosamente con la evolución patriótica que en la actualidad conmueve á la juventud mexicana, arrastrándola hacia un ideal que es bandera, y á una bandera que en su raso tiene escrito el lema divino de *Independencia de la Patria*; por esta concurrencia de acontecimientos que se complementan, para realizar el ideal sublime, sube de importancia el hecho que se celebra, las conferencias cuya clausura tiene efecto en solemnísimo acto, que augura la animosa prosecución de los trabajos transcendentales de la Asociación del Colegio, la cual ansía la palma de benemérita, para cantar, blandiéndola, el himno del triunfo.

¡Qué espectáculo tan consolador se presenta á la vista de los que con dolor y afán, siguiendo victoriosa ó vencida la enseña de la República, hemos recorrido la mayor parte del camino de nuestra existencia; qué espectáculo tan consolador, mirar, antes de derrumbarnos en tierra, cómo el elemento militar dignificado por la historia, es con amor acogido por la Nación, y se filtra en sus venas, y se enciende en su espíritu, y levanta sus ideales, y hace oír su voz desde las tribunas,

y hace acudir corriendo, volando á reforzar sus filas, á la juventud de todas partes, de todas las clases sociales, como al llamado del toque vibrante de clarín profético, que suele sonar en los instantes solemnes de la historia de los pueblos . . . !

Grandioso, consolador, es ver cómo se levantan en llama de amor á la Patria, todas las nobles aspiraciones, para procurar individualidad indestructible y vigor gigante á la nacionalidad, á fin de que, sin quedar rezagada por miserable ó por débil, ó por temor de ser absorbida al ponerse en contacto con las grandes, dignamente pueda entrar á la liza, luchar en las bregas del progreso humano, á la par que las demás potencias del hemisferio; emprender la gloriosa ascensión á que la llama su destino en este continente, en que le ha tocado en suerte, por su antigua historia, por sus luchas, por sus desgracias y sus glorias, y por su situación geográfica, ser la visible piedra miliaria, y la frontera en los tiempos y en las razas.

Núcleo un Ejército, que á fuerza de merecimiento, de sacrificarse heroico en la guerra, y de educarse é ilustrarse brillante en la paz, tiene por lema la ley, por norma el deber y por religión el honor; núcleo ese Ejército, que á fuerza de merecimiento ha alcanzado la estimación nacional, levanta la bandera, la que flameante surgió en Iguala, la ametrellada en 1847; la que doliente, amparó enemigos campos en la guerra civil

por las instituciones, la que congregó á las legiones de la Patria de 1862 á 1867; la, al fin de todo, victoriosa bandera de México independiente, la levanta, y al toque sonoro de llamada, atrae á sí las entusiastas Reservas; y asociaciones científicas como la del Colegio Militar ilustre, y las que promueven en todos los centros de la República los Oficiales de la 2ª Reserva, y clubs hípicas militares, y Comités de Sargentos y Cabos Reservistas; todos, con esfuerzo soberano, concurren anhelantes á la evolución grandiosa que tiende á hacer más fuerte y más respetada á la Nación, bajo aquella bandera.

Por eso, en este instante histórico en que tiene efecto evolución semejante, he juzgado más transcendental, de inmenso alcance, el auge á que llega la Asociación del Colegio Militar, repartiendo rayos de luz y calor en sus conferencias: en ellas hemos escuchado al arte y á la ciencia militares, que levantan su voz y producen marcial entusiasmo en los recientemente iniciados, y en los por cualquier circunstancia rezagados, para venir á apretar las filas de los que quieren que en México no haya aislada una sola especial clase militar, sino que el país entero lo sea ó pueda serlo; y que, sin exigir sacrificios al Tesoro, teniendo por núcleo al Ejército, esté dispuesto para salvar, si el porvenir nos depara posibles asechanzas, la dignidad y la autonomía de la Nación.

Por esto es que tales conferencias han sido motivo de satisfacción para el Gobierno. Todas las armas y servicios, han tenido un representante en su tribuna.

Como en arco triunfal de entrada, un orador brillante pronuncia el discurso inaugural; y después, en marcha y el marcial desfile.

La Infantería, la que no tiene que escogitar terreno para combatir; la que se aventura en el profundo subterráneo, para alumbrarlo con sus fuegos en el encuentro sombrío; la que perseverante, defiende la muralla; la que ataca y muere sobre la brecha; la que bajo el golpe de los proyectiles enemigos, escala el muro; la que pelea en mar y tierra, en la montaña y en el valle; la principal arma del Ejército; la que es protoplasma donde viven y alientan las otras armas; la infantería, tuvo su intérprete, que nos habló en general de ella, y expuso sus personales opiniones sobre la indumentaria y el tiro.

Puntos interesantísimos, de que se ocupa con empeño y atención la Secretaría de Guerra: *la indumentaria*, que envuelve lo relativo á la higiene en las diarias funciones, mayor desahogo en las marchas y facilidad de acción de cada combatiente; *el tiro*, cuyo ejercicio y perfeccionamiento significa en el arma de que se trata, dotada con su potente fusil moderno de alcance asombroso, el principal poderoso agente de sus triunfos. !

Alguien ha dicho con verdad, que las condiciones indispensables del soldado de infantería, son: *saber marchar con rapidez y desahogo*, en lo que interviene la indumentaria; *y sobre todo, saber tirar*.

La marcha en las previas operaciones estratégicas; *la marcha* en las maniobras tácticas, y luego las filas se conmueven, y *al paso veloz* toman formaciones de combate: el enemigo está al frente; las bandas lanzan á los aires el electrizador *paso de ataque*, y suenan los mortíferos fuegos de la fusilería, segando vidas, y el *paso de ataque*, que no cesa de oirse, tonante, enfurecido, obliga, impele tiránico á marchar, á avanzar, á hacer fuego, á embrazar al fin el arma, y á *paso de carga*, hollando cuerpos sangrientos, arrastra hasta abordar al enemigo á la bayoneta. . . . !

¡Rugen las olas que se encuentran!

Pero *la marcha, el fuego*: he allí el desideratum de las victorias en la Infantería.

La Caballería, la que valiente explora y da seguridad á los ejércitos; la que lanza adelante sus débiles patrullas, por montes y veredas intrincadas, en la negrura de la noche; la que, tras ellas, arroja á vanguardia Escuadrones para sorprender y estorbar á los contrarios en sus operaciones de movilización, y en las marchas parciales que tienen de ejecutar para concentrarse antes de embestir; la que dislocada corre al galope por campos y por serranías á buscar al enemigo;

la arma plástica, que toma todos los contornos que afectan en sus marchas y formaciones las tropas contrarias que avanzan; la que audaz va de cerca y por los vacíos que dejan, á atisbarlas para darse y dar cuenta de sus efectivos y de su situación; la atrevida, que corre á tentarles el corazón para saber si medrosas ó con bravura avanzan; la inteligente, que por lo que mira y siente, prevé los designios del contrario, para prevenir y dar avisos oportunos al General Jefe del Ejército, de lo que mira, de lo que siente, de lo que toca y de lo que conjetura; la que al enfrentarse los opuestos bandos, se dispone, arma de asalto y de combate, como ha sido preciso convenir que sea, después de vacilaciones que motivaron á mediados del siglo anterior, la infeliz vergonzosa decadencia de la ciencia y del arte que renacen; se dispone, arma de asalto y de combate, repito, para efectuar su tempestuoso encuentro, á donde tiene de llevar todos sus entusiasmos y energías, todo lo que de divino hay en la aspiración inmensa de la gloria; porque la prueba es terrible, es grandiosa. Son dos huracanes que se chocan, ó es el alud que se desprende espantable, sobre infantería y cañones que con su fuego derraman por doquier la muerte.

¡Hay de la caballería que en la carga vacile!

Los instantes, son combatientes que á centenares caen bajo la onda de acero que á los aires lanza el fue-

go del fusil y del cañón. ¡No hay que volverse á verlos; el ojo avisor al frente, y que corra, que ardiente corra el caballo volador!

¡Al enemigo, al enemigo, á la destrucción, al abismo, á la gloria. . . . !

¡Qué hermosos, qué inmensos sacrificios tiene que consumir la caballería en el triunfo ó en la derrota, en la que se le pide, á trueque de quedar deshecha, que proteja con su masa, ya sangrienta, la retirada de las otras armas, exigiéndole que el último dragón, al menos, corra á dar aviso del postrer desastre!

¡Ah! no en vano el General Foy, cuando apenas terminaban los heróicos tiempos napoleónicos, con entusiasmo y divino asombro, decía: para mandarse huracán que se llama Caballería, hay que ser sobre el bruto un centauro; tener el valor del león, la mirada del águila, la voz del trueno y la decisión del rayo.

Dos oradores, en las conferencias hablaron respecto de esa arma: el primero, reseñando á grandes, vigorosos rasgos, su alteza, su caída y renacimiento en el pasado siglo; y el segundo, pintando en lo principal, su activo servicio de vanguardia, recordando al efecto estudios referentes del Teniente Coronel Cherrils.

La Caballería, por los servicios á que tiene que entregarse, por los supremos esfuerzos que se le exigen, más grandes mientras más el fusil y el cañón me-

joren, demanda tener gran instrucción, firmísima disciplina, á fin de ser expedita é inteligente en sus funciones estratégicas; relámpago en la maniobra, y en la carga, estrepitoso y brillante, ciego torrente de la lava de un volcán.

La Artillería, la portentosa, la que en su estado de relativo atraso, desde la época de Napoleón, por la dirección de su genio llegó á dar su tonante voz de mando á la victoria misma; la que corre con la caballería á los encuentros de vanguardia; la que, combinando los fuegos de sus baterías escalonadas, auxilia, anima, empuja al grueso formidable de las tropas, al supremo, al triunfal avance; la que, en imponente masa, ó aunando su acción bajo un sólo mando, arroja en sucesión furiosa, sus olas de muerte, avalanchas de acero mugidoras que arrasan el lugar sobre que se ha decretado con sentencia inapelable el exterminio; la que usando de la trayectoria curva ó tendida de sus proyectiles, bate en campo descubierto, ó busca por la caída de ellos, á los que se amparan tras las defensas del arte ó de la naturaleza; la que, debido al adelanto de la química para sus pólvoras, de la industria para sus aceros de diamante y sus construcciones mecánicas, ha llegado á transformar su cañón, poniendo la ciencia á su servicio, en instrumento precioso, de precisión aterradora en la puntería, de asombroso alcance, de vertiginosa rapidez de tiro, y de potencia tal que en tie-